Mensaje cuatro

Cómo disfrutar a Dios en oración

I. La verdadera oración no es otra cosa que esperar en Dios e inhalar a Dios; respirar a Dios es absorber a Dios—Is. 40:31; Jn. 20:22: A.

II. A fin de inhalar a Dios por medio de la oración, debemos presentarnos delante de Dios—Sal. 42:1-2: 1. Cuando oramos, cerramos nuestros ojos no sólo para concentrarnos, sino también para detener nuestro ser exterior; nuestro ser exterior muchas veces divaga con la mirada. 2. Después de detener todo nuestro ser y de cerrar la puerta al mundo exterior, podremos volvernos a la parte más profunda de nuestro ser y ejercitar nuestro espíritu. 3. Cuando nos volvemos para ejercitar nuestro espíritu, inmediatamente tocamos a Dios y nos presentamos delante de Él en nuestro espíritu; debemos alcanzar a Dios. B. Después de tocar a Dios en nuestro espíritu, deberíamos estar en silencio y tranquilos; debemos aprender la lección de no abrir nuestra boca rápidamente; no necesitamos gritar y clamar cuando tocamos a Dios: 1. Debemos aprender una lección seria en cuanto a la oración: debemos apartar nuestro ser del mundo externo y detener todo nuestro ser, y volvernos a nuestro espíritu y permanecer allí en silencio. 2. Cuanto más íntima sea nuestra relación con alguien, más silenciosos podremos estar cuando estemos juntos; podremos comunicarnos nuestros sentimientos sencillamente con la mirada, sin decir palabra alguna. C. Cuando venimos a estar delante de Dios en oración, debemos aprender a detener nuestro hablar, no decir palabra alguna y simplemente volvernos a nuestro espíritu para presentarnos delante de Él, tocarlo a Él, contemplarlo en silencio y fijar nuestros ojos en Él—Sal. 27:4: 1. Contemplar la hermosura del Señor consiste en mirar al Señor en nuestro espíritu y fijar nuestros ojos en Él. 2. Necesitamos mirarlo a Él una y otra vez, contemplándolo, apreciándolo e incluso valorándolo como nuestro tesoro; esto es muy dulce y necesario; éste es el significado de absorber a Dios y disfrutarlo. D. Cuando abrimos nuestra boca, no necesitamos pedir ni suplicar nada, pero sí podemos inquirir; la mejor oración es aquella en la cual inquirimos, y ésta es la oración más dulce—Sal. 27:4: 1. Muchos hermanos y hermanas nunca han inquirido delante del Señor, sino que únicamente piden y ruegan; si simplemente imploramos a Dios cuando oramos, en realidad, nosotros somos el Señor en ese asunto. 2. Hay momentos en los que hacemos las cosas conforme a la expresión de los ojos de alguien (cfr. 2 Co. 2:10 y la nota 3); es así como deberíamos orar. 3. Quienes nunca han aprendido esta lección de inquirir son alocados e imprudentes en sus oraciones; pero el Señor contesta de manera fina, suave y apropiada. 4. La mejor oración es aquella en la cual inquirimos, pero sólo es posible inquirir cuando una persona está tranquila. E. A continuación, deberíamos aprender a esperar en Dios; ésta es una lección que nos pone a prueba—Is. 40:31: 1. Muchas veces cuando Dios nos pide que hagamos algo para Él, Él no nos obliga, sino que espera hasta que estemos listos; si Dios puede esperarnos a nosotros, ¿no deberíamos

nosotros esperar en Dios? 2. Esperar en Dios es dejar que Él decida el tiempo; nosotros no podemos dictar el tiempo; Él dicta el tiempo y nosotros necesitamos esperar. F. También necesitamos aprender a reflexionar o meditar sobre todo lo relacionado con Dios; Su preciosidad, Su benevolencia amorosa, Su dignidad, Su gloria, Sus atributos y Sus obras: 1. Lo que más conmueve el corazón de Dios y hace que tenga el pensamiento más dulce es que reflexionemos sobre Él en Su presencia—Sal. 104:34. 2. Podemos reflexionar sobre Su trato con nosotros y Su trato con los santos de la antigüedad, sobre la dulzura de Su persona; podemos meditar sobre Su deseo, amor, paciencia, carácter, gloria y dulzura; al reflexionar de esta manera, absorbemos a Dios y Su elemento nos llena. 3. En nuestras oraciones deberíamos olvidarnos de nosotros mismos y dedicar más tiempo a reflexionar sobre Él, permitiendo que Él y Sus obras ocupen nuestros ojos espirituales y sentidos internos; Dios valora grandemente esta clase de reflexión; Él aprecia esta clase de meditación. G. Mientras lo tocamos, permanecemos en Él, contemplamos Su hermosura, conversamos con Él, inquirimos ante Él, esperamos en Él y reflexionamos sobre Él, deberíamos adorarlo: 1. Deberíamos adorarlo en nuestro espíritu y con todo nuestro ser; deberíamos hacer que todo nuestro ser esté en armonía con Su esplendor santo y adorarlo a Él en esplendor santo—Sal. 29:2. 2. Deberíamos postrarnos ante Él y ofrecerle nuestra adoración. H. También deberíamos alabar a Dios; la alabanza siempre le sigue a la adoración; a medida que reflexionamos sobre cierto asunto, las alabanzas deberían fluir desde nuestro interior. I. Asimismo, deberíamos aprender a participar en la obra intercesora; si podemos pasar más tiempo delante de Dios, Él ciertamente nos dirá las cosas que son de Su interés: 1. A medida que permanecemos en Dios, reflexionamos sobre Él, lo adoramos y lo alabamos, Él nos revela Su deseo, y nosotros intercedemos al inquirir; esta clase de oración es dulce. 2. En cuanto sepamos lo que le interesa a Dios y lo que desea, necesitamos realizar la obra de intercesión a manera de inquirir; ésta es la mejor intercesión— Gn. 18:1-2, 16-33. J. También necesitamos permitir que Dios acabe Su hablar; esto es lo que Abraham hizo; él oró, pero Dios habló—v. 33: 1. Muchas veces en nuestras oraciones nos vamos tan pronto como nosotros acabamos de hablar. 2. En nuestras oraciones no se nos ocurre que Dios desea hablar; más bien, nos vamos tan pronto como acabamos nuestro hablar. II. Necesitamos disfrutar a Dios al orar en tiempos establecidos: A. Los salmistas y Daniel son ejemplos en el Antiguo Testamento—Sal. 55:17; 119:164; Dn. 6:10. B. Pedro y Cornelio son ejemplos en el Nuevo Testamento—Hch. 10:9, 30.